

MAQUILLAJE

Lleva un año de cajera en un hipermercado.

Una carrera universitaria superior y dieciocho años de profesión no fueron suficientes para mantener a su hija, su matrimonio y una hipoteca que se traga todo lo que entra en casa, así que después de mucho renquear profesionalmente, acabó en la calle suplicando trabajo durante tres años.

Tres años durante los que aprendió cuánto cuesta un lápiz, un vaso, la leche, encender la luz de la cocina, el metro cúbico del gas para hacer la comida, los calcetines, la cuota del portal. Vendieron el coche, el ordenador, la licuadora. Vendieron planes de pensiones, abrigo, muebles, joyas y pequeños tesoros.

Se olvidó de reír, y, más tarde, se olvidó de sonreír, pero nunca dejó de salir a la calle con ánimo a buscar trabajo para sacar un poco de dinero, pensando que en algún momento esa mala racha tendría que acabar. Pero no acababa, y se alargaba, y llegaba otro invierno, y la niña crecía, y las facturas se acumulaban, y la casa se caía a pedazos sepultando su matrimonio con ella.

Fueron tres años buscando trabajo con su verdadera cara hasta que un día, todavía no sabe muy bien por qué, se maquilló como una puerta, se vistió con ropa apretada, rellenó un sujetador, inventó un currículum y salió a la calle a por cualquier cosa. Tres entrevistas después esa caricatura de cuarentona cachonda tenía trabajo en una gran cadena de hipermercados. A menudo le cruza por la cabeza la idea de que su disfraz no tuvo nada que ver, que ya tocaba encontrar un trabajo y que posiblemente ya era su momento, pero, por si acaso, todos los días sigue la rutina de esconderse metódicamente tras aquel disfraz.

Así lleva un año maquillándose a conciencia cada mañana. Cada poro y cada arruga desaparecen de su cara. Cada imperfección se oculta tras una gruesa capa de química de colores. Cada mañana tiene que soportar ver esa máscara al otro lado del espejo, pero le da lo mismo porque sabe que la persona que tiene el trabajo en la caja del híper no existe, que se la inventa todos los días, que sólo es por dinero, por comer y por no pasar frío.

Sonríe cada vez que se pone el chaleco y se embute en el uniforme del hipermercado. Los clientes no ven las formas que se ocultan debajo, no pueden ni adivinar lo que esconden el chaleco de invierno o las medias gruesas, y piensa que si la contrataron por su apariencia de resultona madurita no pudo ser para alegrar el ojo a la clientela, sino a los que le pusieron delante un contrato. Y le da lo mismo porque ya no tiene edad para andar preocupándose por esas cosas. El orgullo o el amor propio no son para gente con hipoteca.

Al llegar a casa se quita los tacones gimiendo de puro cansancio, se desnuda y se deshace con furia de ese maquillaje pesado, grueso, asfixiante, mientras unas manos llenas de ternura le masajean los hombros y una voz que

deja entrever que sabe cuánto le cuesta esta farsa le dice que en cuanto se duche tendrá la cena en la mesa, que la niña ya está en la cama.

Después de cenar se quedará como un tronco viendo la tele y se irá a la cama sin saber muy bien cómo ni cuándo. A veces, ni siquiera sabe por qué.

Y así amanece de nuevo, y se levanta y va al baño intentando no despertar a la niña para aplicarse otro día más ese pesado maquillaje, pero cuando tiene ya la espuma en la cara y la navaja en la mano, se da cuenta de que hoy es domingo y que no hay que ir a trabajar.

Así que hoy no se afeitará, no se maquillará, no se pondrá la peluca ni el sostén con relleno, y sonríe anticipándose al placer que supone ser él mismo por lo menos durante un día entero.